

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XVI.- MARÍA MAGDALENA: LA LLAMÓ POR SU NOMBRE.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama. Como dijo el Papa Benedicto XVI al comienzo de su encíclica “*Deus caritas est*”: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*”: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.” (n. 3).

Como hemos estado viendo, a veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como **Jacob**. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como **Gedeón**. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la **mujer cananea**. Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como **Nicodemo**.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como el **endemoniado de Gerasa**; o atraviesan situaciones de profundo dolor, como la **viuda de Naín**; o para quienes nos parece que están más alejados de Él, como la **mujer pecadora**. Incluso el encuentro es posible también para quien “oficialmente” es un enemigo, como el **centurión romano**.

Hemos visto que hay algo necesario para encontrarnos con el Señor: y es desear conocerle, como los **griegos que querían ver a Jesús**. Y también hay que tener en cuenta que el encuentro con el Señor a lo mejor no responde a nuestras expectativas, como le ocurrió al propio **Juan el Bautista**. Y el encuentro con el Señor se produce aun estando en **medio de las tempestades** de la vida.

Y para encontrarnos con el Señor a veces deberemos asumir una actitud creativa, como los **amigos que llevaban al paralítico**; o sin miedo al qué dirán, como **Zaqueo**. Nada impide el encuentro con el Señor, si nos dirigimos a Él con fe, como **Bartimeo** y la **hemorroísa**.

Y hoy, contemplando a **María Magdalena**, veremos que el encuentro con el Señor a veces supone un proceso de búsqueda, y para reconocerlo es necesaria otra vía de conocimiento diferente a la razón y los sentidos: es un proceso que se abre cuando nos sentimos llamados por nuestro nombre.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿En alguna ocasión la Palabra de Dios la he sentido dirigida “a mí” particularmente? ¿He sentido que Jesús me ha llamado por mi nombre?

En aquel tiempo, fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: —«Mujer, ¿por qué lloras?»

Ella les contesta: —«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto»

Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice:

—«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?»

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

—«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.»

Jesús le dice: —«¡María!»

Ella se vuelve y le dice: —«¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!»

Jesús le dice:

—«Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro."»

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: —«He visto al Señor y ha dicho esto.»

MARÍA MAGDALENA

María Magdalena se nos presenta como modelo para el conjunto de cristianos. María Magdalena fue llamada “Apóstol de los apóstoles” por los Padres de la Iglesia, y sin embargo es poco -aunque de enorme importancia- lo que de ella sabemos a través de los Evangelios.

Se suele identificar a María Magdalena con la “pecadora pública” que lava los pies de Jesús con sus lágrimas en casa de Simón el fariseo y que recibe el elogio de Jesús “porque amó mucho” (Lc 7, 36-50); también con María de Betania, o con la mujer que unge a Jesús para la muerte (Mc 14, 3-9; Mt 26, 6-13; Jn 12, 1-8). Sin embargo, no hay en los Evangelios canónicos evidencias textuales que nos aseguren que se trate de la misma persona.

Lo que sí sabemos con certeza de María Magdalena es lo siguiente:

* Era una de las mujeres que, junto con los Doce acompañaban a Jesús “por ciudades y pueblos” mientras “anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios” (Lc 8, 1-2) y le habían seguido desde Galilea hasta Jerusalén. De María Magdalena “habían salido siete demonios” es decir, todos los males.

* Formaba parte del grupo de mujeres que, junto con la Madre de Jesús, lo acompañaron en el Calvario. Tienen el valor y el amor suficientes como para acompañar al Crucificado, cuando del grupo de los Doce, uno ha traicionado, otro ha negado, el resto ha huido.

* Estuvo con José de Arimatea y Nicodemo cuando sepultaron a Jesús. Está ahí, no sólo en la agonía, sino en el silencio de la puesta en el sepulcro.

* Va al sepulcro, junto con otras mujeres, al amanecer del primer día de la semana, cuando aún estaba oscuro. Junto con las otras mujeres recibe el mensaje de Ángel, ve al Resucitado, y anuncia la Buena Nueva.

Y este fragmento del Evangelio narra el encuentro de María Magdalena con Jesús Crucificado-Resucitado. Los Evangelios no presentan el acontecimiento de la Resurrección en sí, sino más bien la presencia nueva y diferente de Cristo Resucitado en medio de sus Discípulos. Vamos a ver que, ante todo, hay una dificultad inicial en reconocer a Cristo. María Magdalena le ama, le busca, pero, en el momento en el que lo encuentra, no lo reconoce. Pero Jesús lleva gradualmente a María Magdalena al reconocimiento y a la fe.

Es de destacar que Jesucristo se aparece en primer lugar a las mujeres, sus fieles seguidoras, y no a los Discípulos, y ni siquiera a los mismos Apóstoles, a pesar de que los había elegido como portadores de su Evangelio al mundo.

Es a las mujeres a quienes por primera vez confía el misterio de su Resurrección, haciéndolas las primeras testigos de esta verdad. Quizá así quiere premiar su delicadeza, su sensibilidad a su mensaje, su fortaleza, que las había impulsado hasta el Calvario, sin abandonarlo.

Para la reflexión:

- ¿Qué actitudes de María Magdalena quisiera potenciar en mi vida de fe? ¿Por qué?
- Jesucristo se aparece en primer lugar a las mujeres. ¿Qué mujeres conozco con una fuerte experiencia de encuentro con el Resucitado? ¿Cómo han influido en mi vida?

¿POR QUÉ LLORAS? ¿A QUIÉN BUSCAS?

Según el Evangelio, después de ver vacío el sepulcro de Jesús, Pedro y el discípulo que Jesús tanto quería se vuelven a casa y, junto al sepulcro, se queda María Magdalena llorando. Está sola, triste y desconsolada.

María se encuentra con dos Ángeles vestidos de blanco que están en el sepulcro. Son dos enviados de Dios que le hacen una pregunta decisiva: **Mujer, ¿por qué lloras?** No basta que ella pregunte a otros pidiendo información. Le invitan a que busque en su interior: ¿Por qué está triste tu corazón? ¿Qué te falta para recuperar la paz?

Le falta Jesús. Han matado a quien era todo para ella. El Maestro que la había comprendido y curado. El Profeta al que ella había seguido fielmente hasta el final. Su vida ya no tiene un punto de apoyo, y manifiesta su tristeza: **se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.**

María no puede dejar de amar a Jesús. Necesita ver, al menos, a su cuerpo muerto y por eso busca a Jesús entre los muertos. Ése es su error, pero lo importante y decisivo es que sigue buscando a Jesús más allá de la muerte. No se queda pasiva, resignada, no descansa, no se hunde en el desconsuelo. Su corazón busca a Jesús.

Si queremos encontrarnos con el Señor, como María Magdalena, hemos de buscarlo, preguntándonos: ¿El Señor en quien creemos, es un Cristo lleno de vida o un Cristo muerto cuyo recuerdo se va apagando poco a poco en nuestro corazón? ¿Dónde hemos puesto a Jesús? ¿Por qué va perdiendo atractivo y fuerza de seducción en nuestras comunidades cristianas?

María Magdalena se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús: cegada por el dolor y las lágrimas, no logra reconocerlo. Piensa que es el encargado de aquel huerto. Y el mismo Jesús le hace la pregunta completa: **Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?**

María es la imagen de la comunidad cristiana que busca y llora al Señor. Y también nosotros hemos de preguntarnos por qué nuestra fe es a veces tan triste, y cuál es la causa de nuestro desaliento y pesimismo, a qué se debe la falta de alegría y esperanza que se puede observar en nosotros.

Quizá, como a la Magdalena, en realidad lo que nos falta es precisamente el Señor en quien decimos creer. Y no estamos buscándole a Él, sino buscando seguridad, tranquilidad, reconocimiento social...

Este encuentro de María Magdalena con el Señor nos invita a buscar al Resucitado haciendo un recorrido interior. Es inútil que busquemos “pruebas” para creer en su Resurrección. No basta tampoco con acudir al Magisterio de la Iglesia, ni recurrir a teólogos en busca de información. Es el amor a Jesús, a Quien hemos conocido por los Evangelios y a Quien buscamos en el fondo de nuestro corazón, el que puede conducirnos al encuentro con el Resucitado.

Y también nos ocurre que el Señor se nos “esconde”, no lo hallamos con la facilidad de antes... Pero es necesario abrir bien los ojos. María todavía no tiene una fe plena en su Señor. Él ha muerto, y parece que todo ha terminado... pero lo tiene delante y no lo reconoce.

Cristo está delante de nosotros en esa situación difícil, en ese fracaso aparente, en las pequeñas cruces de todos los días. Y nos pregunta de muchas maneras: **¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?**

Es necesario y urgente abrir los ojos de la fe. El Señor no acostumbra aparecer como en el Antiguo Testamento, con rayos y temblores. Jesucristo Resucitado no quiere que le tengamos miedo y opta por lo sencillo. Cristo Resucitado camina con nosotros en lo cotidiano y ahí se hace el encontradizo.

Jesucristo se nos quiere manifestar en el trato con la familia, en la relación con el compañero de trabajo, la vecina, el cumplimiento del deber cotidiano. Lo tenemos delante de los ojos, pero muchas veces no sabemos o no queremos descubrirlo. A Cristo se le encuentra y reconoce en la humildad de lo ordinario, cuando es vivido con los ojos de la fe.

Para la reflexión:

- ¿Qué respondo a las preguntas: “¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?”?
- Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto. ¿Me ocurre esto a mí? ¿Cómo lo busco?
- María Magdalena ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. A Cristo se le encuentra y reconoce en la humildad de lo ordinario, cuando es vivido con los ojos de la fe. ¿Cómo desarrollo mi mirada de fe, para descubrir al Señor y encontrarme con Él en lo cotidiano?

LA LLAMÓ POR SU NOMBRE

María Magdalena piensa que el lugar propio para encontrar a Jesús es el sepulcro. Sin embargo, mientras siga mirando hacia allá no podrá encontrarlo nunca. Hay que dar media vuelta para ver a Jesús, que está de pie, como corresponde a una persona viva.

María Magdalena lo ve pero no sabía que era Jesús. Está ante ella, habla con Él, pero no lo reconoce. Habría reconocido a un Jesús muerto, pero no lo reconoce vivo. Es entonces cuando Jesús la llama por su nombre: ¡María! Ella se vuelve y le dice: —¡Rabboni!, que significa: ¡Maestro!

María estaba equivocada cuando buscaba entre los muertos al que estaba vivo. Por eso su llanto se cambiará inesperadamente en gozo cuando Jesús la llama por su nombre. Aquél a quien ella tomaba por el jardinero era Jesús en persona.

Al oír la voz de Jesús y reconocerlo, María se gira hacia Él y no mira más al sepulcro, que es el pasado; ahora se abre para ella un horizonte nuevo. Jesús se manifiesta con una gran sencillez, hablando de amigo a amigo, María se encuentra realmente con el Resucitado cuando se siente llamada personalmente por Él. Jesús se nos muestra vivo cuando nos sentimos llamados por nuestro propio nombre y escuchamos la invitación que nos hace a cada uno, particularmente.

Comienza para María una vida nueva. Nos hemos acostumbrado a pensar que la Resurrección es sólo una cosa que nos espera al otro lado de la muerte, y no pensamos que la Resurrección es, también, entrar más profundamente en la vida de ahora, viviéndola en profundidad.

María podrá estar de nuevo con su querido Maestro, pero ya no será como en Galilea. Encontrarse con Jesús, que la llama ahora, supone dejar el modo de vivir su anterior relación por una nueva familiaridad con Jesús, que nace ahora de sentirse llamada por su nombre.

También nosotros, si buscamos al Señor con sencillez y sinceridad de corazón, tendremos que “volvernos” del pasado, sin mirar atrás, y así lo encontraremos. Se dejará reconocer y, nos llamará por nuestro nombre, es decir, nos hará entrar en la intimidad de su amor, de un modo nuevo.

Pidamos al Señor que, como hizo con María Magdalena, nos llame por nuestro nombre para que lo veamos, para que reconozcamos la misma voz con la que hace años nos llamó a la vida en el Bautismo, y así lo redescubramos como nuestro Maestro.

Para la reflexión:

- María Magdalena lo ve pero no sabía que era Jesús. Está ante ella, habla con Él, pero no lo reconoce. ¿En alguna ocasión me he dado cuenta más tarde de que “ahí estaba” el Señor?
- María se encuentra realmente con el Resucitado cuando se siente llamada personalmente por Él. ¿He tenido esta experiencia? La traigo a la memoria y a la oración.
- También nosotros, si buscamos al Señor con sencillez y sinceridad de corazón, tendremos que “volvernos” del pasado, sin mirar atrás, y así lo encontraremos. ¿Qué cosas de mi pasado, de mi vida de fe, debo dejar atrás?

ACTUAR: SUÉLTAME...

Ahora que se ha encontrado con Jesús y lo tiene delante, María Magdalena puede tocarlo, tenerlo consigo. Cuando Él haya subido al Padre, eso ya no será posible. María sólo piensa en disfrutar de su encuentro con Jesús y se agarra a sus pies. Se olvida de los discípulos que todavía no conocen la Buena Noticia de que está vivo. María desearía vivir para siempre abrazada a Jesús.

Pero se equivoca: el encuentro con el Resucitado nunca es sólo para nuestro disfrute personal. Tocar, abrazar, es una de las formas humanas de captar la realidad externa. La respuesta de Jesús: **Suéltame...** significa que la existencia del Resucitado no ha de comprobarse de esa manera, que el encuentro y contacto con Jesús Resucitado se realiza en un terreno distinto: en el de la fe.

Ahora María Magdalena no lo puede tocar ni retenerlo. La relación anterior con el Jesús terrenal ya no es posible, tendrá que aprender a abrazarlo en sus hermanos y hermanas. No es el momento de disfrutar del Resucitado, sino de anunciarlo: **ve a mis hermanos**. María Magdalena será su testigo, comunicará a todos su experiencia, la Buena Noticia de su encuentro con Jesús Resucitado.

María, que no se había detenido ante nada hasta encontrarse con Jesús, tiene ahora fuerzas para soltarlo y llevar su Buena Noticia a los demás hermanos. No les transmite ninguna doctrina sobre la Resurrección. Les contagia lo que ella misma ha vivido, lo que ha experimentado.

También nosotros, como María Magdalena, estamos llamados a ser testigos de nuestro encuentro con Cristo Resucitado. No podemos guardarlo para nosotros. La fe nace del encuentro personal con Cristo Resucitado y se transforma en impulso que nos lleva a proclamar al mundo: Jesús ha Resucitado y Vive para siempre.

Esto significa que todas las dimensiones de nuestra vida estén configuradas desde ese encuentro. Pero para que esto sea posible, los seguidores de Jesús hemos de preguntarnos dos cosas. En primer lugar, por lo que se refiere a cada uno individualmente: ¿En qué se me nota que me he encontrado con Jesús en mi vida? ¿Me hace falta un poco de la pasión y de la ternura con que lo amó y buscó la Magdalena hasta encontrarlo?

Y, si no tengo esa experiencia personal de encuentro con Él, de sentirme llamado por mi nombre, ¿no estará oculto, vestido de hortelano, de pobre trabajador, de persona sencilla, extranjero, descartado... muy cerca de mí, sin que le haya reconocido, como le ocurrió a la Magdalena?

Y por lo que respecta a la dimensión comunitaria de nuestra fe: ¿Qué estamos comunicando en nuestras parroquias, asociaciones, movimientos? ¿Transmitimos doctrinas, creencias, palabras... o, como la Magdalena, contagiamos la experiencia de nuestro encuentro vital con Jesús Resucitado? ¿Mostramos esperanza, confianza en Dios y fuerza para vivir... o pesimismo, desaliento y mediocridad? ¿Qué aportamos a la sociedad?

También a nosotros, como a María Magdalena, tras llamarnos por nuestro nombre y encontrarnos con Él, nos dice Jesús: **Suéltame, ve a mis hermanos y diles que estoy vivo; y, sobre todo, anúncialo no sólo de palabra sino con toda tu persona y tu conducta de creyente.**

Para la reflexión:

- María sólo piensa en disfrutar de su encuentro con Jesús y se agarra a sus pies. Se olvida de los discípulos que todavía no conocen la Buena Noticia de que está vivo. ¿Vivo así mi fe, de un modo individualista, como una relación sólo entre el Señor y yo, pero sin anunciarlo?
- ¿En qué se me nota que me he encontrado con Jesús en mi vida? ¿Me hace falta un poco de la pasión y de la ternura con que lo amó y buscó la Magdalena hasta encontrarlo?
- Y, si no tengo esa experiencia personal de encuentro con Él, de sentirme llamado por mi nombre, ¿no estará oculto, vestido de hortelano, de pobre trabajador, de persona sencilla, muy cerca de mí, sin que le haya reconocido, como le ocurrió a la Magdalena?
- ¿Qué estamos comunicando en nuestras parroquias, asociaciones, movimientos? ¿Transmitimos doctrinas, creencias, palabras... o, como la Magdalena, contagiamos la experiencia de nuestro encuentro vital con Jesús Resucitado? ¿Mostramos esperanza, confianza en Dios y fuerza para vivir... o pesimismo, desaliento y mediocridad? ¿Qué aportamos a la sociedad?
- También a nosotros, como a María Magdalena, tras llamarnos por nuestro nombre y encontrarnos con Él, nos dice Jesús: Suéltame, ve a mis hermanos y diles que estoy vivo; y, sobre todo, anúncialo no sólo de palabra sino con toda tu persona y tu conducta de creyente. Concreto un compromiso para comenzar o mejorar mi testimonio de fe.

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XVI.- MARÍA MAGDALENA: LA LLAMÓ POR SU NOMBRE.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿En alguna ocasión la Palabra de Dios la he sentido dirigida “a mí” particularmente? ¿He sentido que Jesús me ha llamado por mi nombre?

JUZGAR – Jn 20, 11-18

En aquel tiempo, fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: — «Mujer, ¿por qué lloras?»

Ella les contesta: — «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto»

Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: — «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?»

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: — «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.»

Jesús le dice: — «¡María!»

Ella se vuelve y le dice: — «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!»

Jesús le dice: — «Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro."»

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: — «He visto al Señor y ha dicho esto.»

MARÍA MAGDALENA

- ¿Qué actitudes de María Magdalena quisiera potenciar en mi vida de fe? ¿Por qué?
- Jesucristo se aparece en primer lugar a las mujeres. ¿Qué mujeres conozco con una fuerte experiencia de encuentro con el Resucitado? ¿Cómo han influido en mi vida?

¿POR QUÉ LLORAS? ¿A QUIÉN BUSCAS?

- ¿Qué respondo a las preguntas: “¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?”?
- Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto. ¿Me ocurre esto a mí? ¿Cómo lo busco?
- María Magdalena ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. A Cristo se le encuentra y reconoce en la humildad de lo ordinario, cuando es vivido con los ojos de la fe. ¿Cómo desarrollo mi mirada de fe, para descubrir al Señor y encontrarme con Él en lo cotidiano?

LA LLAMÓ POR SU NOMBRE

- María Magdalena lo ve pero no sabía que era Jesús. Está ante ella, habla con Él, pero no lo reconoce. ¿En alguna ocasión me he dado cuenta más tarde de que “ahí estaba” el Señor?
- María se encuentra realmente con el Resucitado cuando se siente llamada personalmente por Él. ¿He tenido esta experiencia? La traigo a la memoria y a la oración.
- También nosotros, si buscamos al Señor con sencillez y sinceridad de corazón, tendremos que “volvernos” del pasado, sin mirar atrás, y así lo encontraremos. ¿Qué cosas de mi pasado, de mi vida de fe, debo dejar atrás?

ACTUAR: SUÉLTAME...

- María sólo piensa en disfrutar de su encuentro con Jesús y se agarra a sus pies. Se olvida de los discípulos que todavía no conocen la Buena Noticia de que está vivo. ¿Vivo así mi fe, de un modo individualista, como una relación sólo entre el Señor y yo, pero sin anunciarlo?
- ¿En qué se me nota que me he encontrado con Jesús en mi vida? ¿Me hace falta un poco de la pasión y de la ternura con que lo amó y buscó la Magdalena hasta encontrarlo?
- Y, si no tengo esa experiencia personal de encuentro con Él, de sentirme llamado por mi nombre, ¿no estará oculto, vestido de hortelano, de pobre trabajador, de persona sencilla, muy cerca de mí, sin que le haya reconocido, como le ocurrió a la Magdalena?
- ¿Qué estamos comunicando en nuestras parroquias, asociaciones, movimientos? ¿Transmitimos doctrinas, creencias, palabras... o, como la Magdalena, contagiamos la experiencia de nuestro encuentro vital con Jesús Resucitado? ¿Mostramos esperanza, confianza en Dios y fuerza para vivir... o pesimismo, desaliento y mediocridad? ¿Qué aportamos a la sociedad?
- También a nosotros, como a María Magdalena, tras llamarnos por nuestro nombre y encontrarnos con Él, nos dice Jesús: Suéltame, ve a mis hermanos y diles que estoy vivo; y, sobre todo, anúncialo no sólo de palabra sino con toda tu persona y tu conducta de creyente. Concreto un compromiso para comenzar o mejorar mi testimonio de fe.

